

Una playa con sorpresa



No había nadie en aquella playa que no hubiera oído hablar de Pinzaslocas, terror de pulgares, el cangrejo más temido de este lado del mar. **Cada año algún turista despistado se llevaba un buen pellizco que le quitaba las ganas de volver.** Tal era el miedo que provocaba en los bañistas, que a menudo se organizaban para intentar cazarlo. Pero cada vez que creían que lo habían atrapado reaparecían los pellizcos unos días después, demostrando que habían atrapado al cangrejo equivocado.

El caso es que Pinzaslocas solo era un cangrejo con muy mal carácter, pero muy habilidoso. Así que, en lugar de esconderse y pasar desapercibido como hacían los demás cangrejos, él se ocultaba en la arena para preparar sus ataques. Y es que Pinzaslocas era un poco rencoroso, porque de pequeño un niño le había pisado una pata y la había perdido. Luego le había vuelto a crecer, pero como era un poco más pequeña que las demás, cada vez que la miraba sentía muchísima rabia.

Estaba recordando las maldades de los bañistas cuando descubrió su siguiente víctima. Era un pulgar gordísimo y brillante, y su dueño apenas se movía. ¡Qué fácil! así podría pellizcar con todas sus fuerzas. Y recordó los pasos: asomar, avanzar, pellizcar, soltar, **retroceder y ocultarse en la arena de nuevo.** ¡A por él!

Pero algo falló. Pinzaslocas se atascó en el cuarto paso. **No había forma de soltar el pulgar.** El pellizco fue tan fuerte que atravesó la piel y se atascó en la carne. ¿Carne? No podía ser, no había sangre. Y Pinzaslocas lo comprendió todo: ¡había caído en una trampa!

Pero como siempre Pinzaslocas estaba exagerando. Nadie había sido tan listo como para prepararle una trampa con un pie falso. Era el pie falso de Vera, una niña que había perdido su pierna en un accidente cuando era pequeña. Vera no se dio cuenta de que llevaba a Pinzaslocas colgado de su dedo hasta que salió del agua y se puso a jugar en la arena. La niña soltó al cangrejo, pero este no escapó porque estaba muerto de miedo. Vera descubrió entonces la pata pequeñita de Pinzaslocas y sintió pena por él, así que decidió ayudarlo, preparándole una casita estupenda con rocas y buscándole bichitos para comer.

¡Menudo festín! Aquella niña sí sabía cuidar a un cangrejo. Era alegre, divertida y, además, **lo devolvió al mar antes de irse.**

- Qué niña más agradable -pensó aquella noche- me gustaría tener tan buen carácter. Si no tuviera esta patita corta...

Fue justo entonces cuando se dio cuenta de que a Vera no le había vuelto a crecer su pierna, **y eso que los niños no son como los cangrejos y tienen solo dos.** Y aún así, era un encanto. Decididamente, podía ser un cangrejo alegre aunque le hubieran pasado cosas malas.

El día siguiente, y todos los demás de aquel verano, Pinzaslocas atacó el pie de Vera para volver a jugar todo el día con ella. Juntos aprendieron a cambiar los pellizcos por cosquillas y el mal carácter por buen humor. Al final, el cangrejo de Vera se hizo muy famoso en aquella playa aunque, eso sí, nadie sospechaba que fuera el mismísimo Pinzaslocas. Y mejor que fuera así, porque por allí quedaban algunos que aún no habían aprendido que no es necesario guardar rencor y tener mal carácter, por muy fuerte que un cangrejo te pellizque...

Enseñanza

Se puede tener buen carácter a pesar de las dificultades o aunque nos ocurran cosas que nos disgustan

¡Vamos a trabajar el cuento, ahora que aún está fresco!



Un minuto para pensar...

A Pinzaslocas y a Vera les han ocurrido desgracias parecidas ¿Quién te parece que ha afrontado mejor su situación? ¿Cómo imaginas que habrá sido la vida de Vera? Probablemente Vera y el cangrejo dan importancia a cosas distintas ¿A qué crees que le ha dado más importancia cada uno para ser como son?

Una buena conversación

Comenta con tu hijo alguna vez en la que el rencor y el deseo de venganza hayan sido tan fuertes que te hayan llevado a hacer algo de lo que luego te hayas arrepentido, como apartarte de seres queridos. Y comenta también algún caso contrario, en el que haber sabido perdonar te haya hecho sentir mejor. Explícale cómo te sentías cada una de las veces, para que sea capaz de identificar esas situaciones y elegir la mejor opción.



¿Y si pasamos a la acción?

Para trabajar una buena actitud ante las dificultades, os propongo enterrar un tesoro bajo el mar. Guardad en un cofre pequeñito alguna sorpresa para todos: entradas para el cine, un dibujo dedicado, una carta cariñosa... y luego ponedlo en el fondo de un recipiente grande con agua. Cada vez que ocurra algo difícil o desagradable y mantengáis una buena actitud, podréis sacar un vaso de agua. Cuando ya no quede agua... ¡podréis disfrutar vuestro tesoro!